

la estatua de bronce, como habia roto la de plata y oro.

Estos ricos metales son pérfidos, se dijo á sí mismo; lo que espresará ingenuamente mi pensamiento, es el barro puro, hijo inocente de la tierra.

Habiendo llenado de barro el antiguo molde, le dió tiempo á que secase. Despues de esto, con una inquietud inesplicable, dirigió una mirada á su obra: esta vez salió de nuevo un caballo de barro en lugar de un héroe. Rompió de nuevo la estatua, la hizo polvo, y entonces cayó en la desesperacion. ¡Qué! decia, he empleado todas las fuerzas de la creacion y nunca he podido cambiar la antigua forma. ¡Una maldicion pesa sobre mí!

Así se quejaba del destino, y sus amigos nunca pudieron hacerle comprender que para cambiar una forma es preciso cambiar el molde.

¡Oh amigos míos, artistas incomparables, cuántas veces habeis ya roto vuestra estatua! En 1789, en 1815, en 1830, en 1848 ¡siempre la antigua forma, siempre el caballo de trilla y nunca el semi-dios! ¡cuidad de no agotar vanamente en este trabajo todo el barro del globo!

II.

LA ESPERIENCIA.

DURANTE diez años he trabajado sin descanso en demostrar dos cosas: una, que todos los Estados católicos perecen; otra, que la libertad política es irrealizable en esa clase de Estados. Habia yo mostrado á la Italia esclava de toda la Europa; á la España esclava en el interior; al Portugal, esclavo interior y esteriormente; á la Irlanda, esclava de la Inglaterra; á la Polonia, esclava de la Rusia; á la Bohemia, á la Hungría, esclavas del Austria; el Austria misma, madre de toda servidumbre, en la servidumbre de la Rusia. Buscando la misma demos-

tracion mas allá de Europa, habia señalado en América, de un lado la fortuna creciente de los Estados Unidos heréticos, del otro la servidumbre de las democracias y de las monarquías católicas en los Estados del Sur: entre los primeros, Washington, entre los segundos, Rosas.

Sorprendido por esta demostracion de ruinas que no sufre escepcion alguna en toda la superficie del globo, habia conjurado á mi país, conservando y respetando siempre la libertad de conciencia, de guardarse política y temporalmente de la dominacion católica, püesto que entre todos los pueblos modernos él habia sido el precursor de la disolucion y del subyugamiento.

Cien veces habia presentado la cuestion en los términos siguientes: Ved la historia de los pueblos ligados al papado; todos han caído. Vosotros sois los únicos que quedais en pié: cuidado con ese camino que ha conducido á todos los otros á la ruina. Yo no me ocupo aquí de si la Iglesia romana está ó no en el reino invisible: pero digo y afirmo que bajo el solo punto de vista temporal, todo pueblo que identifica su destino con el de la Iglesia romana es un pueblo perdido. Si creis, conservad vuestra fé. Si quereis permanecer un pueblo, haced que vuestra Iglesia no intervenga de modo alguno en el manejo de vuestros negocios.

Por lo demas, yo sabia cuán difícil es esta separacion que yo pedia, porque yo habia siempre tenido por cierto que una religion nacional es el principio fundamental sobre el cual se ordena el Estado, y que en cualquiera situacion en que aquella se encuentre, mientras subsista ó parezca subsistir, ella comunica á una nacion ó la duracion ó la existencia, ó la apariencia ó la nada, sin que ninguno de los esfuerzos hechos para contrariar esta ley pueda ser bastante á destruir enteramente sus efectos.

Tales eran las ideas que yo trabajaba enl hacer prevalecer en el momento de la esplosion de 24 de

Febrero. Ese día creí en la emancipación de la Francia. . . . Vosotros los que queréis conocer cuánta distancia hay de un pensamiento demostrado á un pensamiento realizado, y cuántas veces es preciso comenzar de nuevo la misma obra, es para vosotros para quienes hago esta relación.

Estaba, digo, plenamente dominado por la idea del peligro permanente que hace correr á la Francia su solidaridad con el catolicismo. Al día siguiente de la emancipación, amigos ardientes me obligan á dirigirme al pié de la montaña Genoveva. Se trataba por nosotros de inaugurar con nuestras manos la victoria de la filosofía. Llego, el lugar estaba ya lleno de un pueblo conmovido de entusiasmo. Me detengo al borde del hoyo en que debía plantarse el árbol. Al otro lado se hallaba nuestro corregidor, el escultor David d'Angers, que creo que no haya olvidado el recuerdo de aquel momento. Un solemne murmullo se escapa de la multitud enternecida, que se descubre y guarda por un momento un silencio sagrado. Surge del fondo de la tierra, conducido por el entusiasmo, un hombre vestido de sobrepelliz. Abre sus labios de los que estaban suspensos miles de hombres, y hé aquí las palabras que descienden al hoyo: "Señores, este árbol de la libertad es un presente que os hacen las señoras del Sagrado Corazón." Mil voces contestaron: ¡el sonido de ellas subió hasta las nubes! ¡oh sublime ironía de la Biblia, yo te saborée en este momento en toda tu grandeza! ¡Tu enseñanza no será perdida para mí!

¿Qué significaba el bautismo que había ido á buscar la revolución de 1848? Helo aquí:

En Francia toda revolución que reconoce que no tiene en sí misma una fuerza moral bastante grande para sostener y salvar la sociedad, es una revolución que se rinde. Declarar que tiene necesidad de otra potencia que la suya, es caer bajo la dependencia

de esta potencia estraña. Nada en el mundo puede corregir esta primera falta de fé.

¿Cuál es la diferencia entre la revolución de 1789 y la de 1848? La primera creyó que podría salvar al mundo por su propia energía espiritual; ha dado el ser á las grandes cosas y á los grandes hombres que se conocen. La segunda ha creído que no podía salvar al mundo si no tenía el apoyo del sacerdote. Ha ido á terminar necesariamente en la expedición romana.

¡Singular idea de creer que las revoluciones se salvan por la timidez de espíritu! Hacerse pequeñas, encerrarse en una sola cuestión, es para ellas mala política. La condición de su triunfo es la de interesar en su victoria y formar en batalla todas las facultades del espíritu humano. La palabra de Danton no es cierta solamente contra los ejércitos extranjeros; lo es cien veces mas contra las potencias coligadas de la tradición.

La revolución de 1848 ha comenzado de nuevo el juego de Sixto V. Ha creído hacer su camino inclinándose y apoyándose en muletas. Sería necesario, sin embargo, no adquirir esta costumbre; porque este medio no á todos dá buenos resultados; tal vez sería tiempo de enderezarse y de mostrar que se puede, como otros, estar de pié.

La escena de la bendición de los árboles de la libertad, se ha repetido por decirlo así, cada día en la Asamblea constituyente. No se diga que un pueblo nada pierde en la servidumbre. Desde los primeros momentos pudo verse cuánto se había desnaturalizado el principio vital de la sociedad francesa durante la cautividad estrangera á que había estado sometida la Francia desde Waterloo. ¡Cuántas ideas habían sido sepultadas desde las invasiones! ¡cuántas se habían deteriorado! el espíritu nacional parecía haber perdido su temple.

Un prisionero mantenido mucho tiempo en la oscuridad, si se le pone en libertad bruscamente, se

siente herido por la luz; del mismo modo la Francia no podía ya soportar el resplandor de los principios de derecho público que habían producido su emancipación hace medio siglo. Era preciso desde luego, que esos principios fuesen no solamente violados, sino hasta negados.

Se vió un ejemplo sorprendente de esto desde la primera sesión.

La Asamblea salida de la hoguera de la revolución, se colocó luego por la elección de su presidente, bajo la invocación del partido católico; y las masas de tinieblas acumuladas en la *Historia parlamentaria*, se hicieron como la doctrina oficial de nuestra regeneración.

Al día siguiente, hubo un ministro hombre de talento y de corazón, que creyó que una cuestión tan debatida como la del divorcio, resuelta por todas las naciones civilizadas, fuera de las católicas; Prusia, Alemania, Holanda, Rusia, los países Slavos, Suecia, Grecia, Moldavia, Valaquia, Inglaterra, los Estados-Unidos, Suiza, Austria misma, no tenía necesidad mas que de presentarse para ser aceptada en Francia al día siguiente de una revolución democrática. ¿Quién no recuerda el espantoso escándalo que excitó en nosotros semejante proyecto de ley? ¿Cómo! proponer que la doctrina católica dejase de ser impuesta como regla de derecho civil aun á aquellos que no son católicos! ¡Herir así la ley suprema de intolerancia! ¡Tomar á lo sério la libertad de cultos! ¡hacerla entrar como nuestros padres en el derecho civil! ¡Solo hubo voces para condenar semejante blasfemia! era, se decía, destruir la familia. Solo un judío habría sido capaz de semejante enormidad. Retiró su proposición é hizo bien. *Nosotros nos santiguamos mas de diez veces*, como dice Brautome del caballero Bayardo. Así comenzamos colocándonos desde el origen mas bajo que el derecho público del Austria, y todo fué reparado, gracias á Dios.

Lector, dime á qué época de la historia profana

ó sagrada se dirigen las siguientes palabras de Montesquieu: "Una hipocresía general abatió los ánimos y entorpeció todo el imperio."

Continuó.

Cuando se vió comenzar así á la Francia de 1848 sobre una cuestión tan elemental, pudo preguntarse hasta dónde iría la caída.

¡Estraño anuncio, el de una revolución triunfante que comenzaba por arrodillarse ante sus enemigos implacables y por pedirles gracia! Los vencedores quisieron á toda costa hacerse amnistiar; y como en esto mismo no se guardó mesura, los vencidos se volvían tanto mas altaneros cuanto mayores eran las súplicas que se les hacían. Bien pronto, como era preciso, estos llegaron á concebir el desprecio, sospechando que nada podía hacerse sin ellos y que tanta humildad de parte de los victoriosos procedía tal vez de falta de fé en la victoria.

En medio de este trastorno imprevisto, el partido del clero fué el único que, pasado el primer momento de confusión, se orientó al punto desde lo alto de sus torres, el único que volvió á hallar su camino, el único que supo aprovecharse de todo, al único que, mientras que los otros se agitaban y se removían sin provecho, se apoderaba con mano segura del porvenir del día siguiente.

La indiferencia en materia religiosa ligándose en un gran número de republicanos de la constituyente á un secreto temor de chocar con el poder del clero, sucedió que fueron á la vez víctimas de su miedo y de su indiferencia. Esta las conducía á hacer enormes concesiones que aquel les hacía considerar como insignificantes, de tal modo que diariamente se encadenaban mas sin percibirlo; y esta era una triste prueba para los que, estraños á semejante ilusión, asistían á este renacimiento de la servidumbre sin poderlo impedir. ¡Que el cielo les evite una nueva experiencia de este género! Porque si tal espectáculo es cruel en todas ocasiones, se hace insopor-

ble cuando son los amigos mas seguros y mas probados de la libertad, quienes sin conocerlo, trabajan por destruirla.

La ilusion era tan completa que se destruia casi siempre con una mano lo que se hacia con la otra.

Se queria por ejemplo, la libertad de ensenanza; pero al votar, casi sin tolerar ninguna discusion, el salario de los cleros, se hacia esta libertad imposible; puesto que se destruia lo que es su primera condicion, la igualdad. Se proclamaba la igualdad de los cultos; pero se decidia que esta declaracion seria inaugurada por Monseñor el arzobispo de Paris; de manera que todos los que no querian hacer profesion de fé católica, quedaban escluidos por el hecho de la declaracion de la igualdad de cultos.

En su lenguaje oficial, los mas antiguos republicanos, los que habian adquirido el derecho de hablar en nombre de la revolucion, declaraban á la Francia republicana y católica. Si un ministro abria la boca para hablar del Papa, era *el guia de nuestras conciencias*. Por medio de palabras y actos de este género se pensaba no hacer mas que conquistar para la República el favor de la Iglesia, y no se comprendia que uno mismo era el invadido y conquistado. Se pensaba que estos principios de convencion no tendrían consecuencias, y no se veía que se dejaban tras sí sembrados los dientes de Cadmo, que se colocaban en una pendiente invencible, que tales palabras y tales actos, eran cadenas. Se jactaban de vencer así la hostilidad del clero, y no se sospechaba que cada una de estas victorias era una derrota. Al fin, de habilidad en habilidad, de triunfo en triunfo, de victoria en victoria, vino á despertarse en el abismo de la espedicion católica de Roma. ¿Hay seguridad de haber despertado completamente?

Quitad de la discusion cierta fiebre contra las personas ó contra los sistemas políticos, ¿se está seguro de que la esperiencia haya hecho caer la venda de los ojos? ¿Quién ha sacado las consecuencias de

los principios? ¿Quién ha hecho dar un paso á la filosofia? Se nos acusa de ser bárbaros. Sí, somos en efecto, los verdaderos compañeros de Atila. Basta mostrarnos en lontananza la sombra de una tiara, hé aquí la tropa de bárbaros que se arrodilla y pide perdon por tanta audacia.

Se ha visto, sentido, probado, comprendido bastante que la Francia ha perdido la llave de su posicion, su paso de las Termópilas.

¡Ah! os lisongeais de no haber herido de un mismo golpe, sino á dos pueblos estraños. Desengañaos. Despues de todo, la Italia podia deciros, como Ferracci: *Tú acuchillas á un hombre muerto*. Tened cuidado. Es á vosotros mismos á quienes habeis herido con la espada. ¡Haga el cielo que no lo percibais demasiado tarde!

¿Pero de qué me voy á inquietar? Al identificar su causa con la del papismo, al estirpar en su germen el principio de la nacionalidad italiana, la Francia ha dado á su religion, la mayor, la mas augusta, la mas magnífica prenda que tuviese en sus manos; porque se ha entregado á sí misma, ha hecho en el altar de San Pedro el sacrificio piadoso de su propia nacionalidad. Ella, en cuanto es posible, se ha anodado políticamente en una inmolacion mística. ¡Qué de mas respetable, qué de mas santo, qué estenuarse, azotarse, entregarse, perderse voluntariamente renovando contra sí misma los divinos anatemas de las invasiones y de los tratados de 1815! ¡oh celeste suicidio! Esto es lo que Savonarola llamaba para las naciones: *El arte de bien morir*.

Sí, es bello ver al pueblo hebreo enterrarse vivo por la gloria de su templo. ¿Quién no envidiaría esta gloria! Todos los siglos han admirado semejante holocausto.

Pues que nosotros consumamos con la misma fé, el sacrificio de nosotros mismos, ¿estemos tranquilos! el porvenir sabrá bien recompensarnos con una admiracion igual.

Cuando llegue para el Occidente el día de la lucha suprema, mirareis por todos lados al horizonte y llamareis: italianos, húngaros, romanos, venecianos, piamonteses, lombardos, moldavos, valacos, polacos, alemanes ¡oh! hermanos míos, socorred á vuestros hermanos! la solidaridad nos liga, esta es la mejor de las virtudes humanitarias. ¡Irrision! cada uno de ellos os mostrará, con un gesto de rabia, sus cadáveres y las heridas que les habeis hecho. Entonces os será preciso retirar apresuradamente vuestro cuchillo sangriento de los costados de la Italia para cubriros vosotros mismos; porque ese día estareis solos para vencer. ¡Esa será vuestra espacion!

No hay espectáculo mas cruel. He visto un gran pueblo que en medio de su sueño se ha dejado arrancar los principios que hacen su fuerza: en ese estado era semejante á Sanson, á quien sus enemigos habian cortado la cabellera.

¡Cómo el gigante que era el terror de los reyes, ha venido á quedar mas débil que un niño? Sus adversarios se burlaban de él como de un niño, ó mas bien, los niños lo conducian al muladar y lo cubrian de oprobio. ¡Ah! eres tú quien con una mano derribabas los tronos y destrozabas los ejércitos! ¡eres tú quien jugando, hacia una revolucion! ¡ahora que tu fuerza ha caido al golpe de la tijera, que tú mismo has entregado al secreto de tu poder, véamos pues, hermoso rey lo que sabes hacer!

Y así continuaban burlándose de él. Quisieron aun cegar lo pretendiendo ilustrarlo; ensayaron mil medios para sacarle los ojos y mantenerlo en tinieblas. Insensatos; que no veían que si el gigante se deja cegar, ellos mismos están perdidos, pues que en las tinieblas, sacudirá las dos columnas sobre las cuales todo subsiste y quedará con ellos encerrado bajo los escombros. Pero al contrario, si vigila porque no se ciegue en él el ojo de la conciencia, de la justicia, de la razon, en vez de destruirlo todo, levantará con sus fuertes manos (porque ya veo rena-

cer la cabellera del Sanson tonsurado) la morada en que deben habitar las tres hermanas, libertad, igualdad, fraternidad, que se hallan dispersas sobre la tierra.

III.

PROBLEMA SOCIAL Y RELIGIOSO.

SIENDO el catolicismo la religion nacional, ¿cómo establecer la libertad moderna sobre un principio religioso que la rechaza? Este problema es el fondo de la historia de Francia hace sesenta años; se encuentra en todo; puede establecerse en los mismos términos para cada uno de los elementos de la sociedad laica.

Porque es cierto que hoy al menos, la nacion francesa parece no querer renunciar ni á la religion católica ni á la libertad moderna; pretendemos mantener la primera con la tenacidad del hábito; la segunda con el entusiasmo de la novedad. Tal es la verdad práctica.

Esto es lo que para nosotros, complica el problema social de dificultades extraordinarias. ¿Cómo resolverlas? De nada sirve suprimir idealmente uno ú otro de estos elementos. Una vez mas la Francia quiere conservar dos contrarias.

Hé aquí la cuestion.

Supóngase que estalla un nuevo cambio; ó el catolicismo será perseguido ó se abrigará en la indiferencia. En el primer caso la persecucion servirá para reanimarlo; en el segundo se salvará por la indiferencia; en todos, sobrevivirá, pues que en medio de tantas tormentas no se descubre ningun sistema que se presente atrevidamente como su sucesor.

Conozco dos medios para que los pueblos puedan escapar de la ruina que trae consigo la declinacion de una religion nacional: el primero es hacer una revolucion religiosa, es decir, sustituir á una religion